

## Sobre la “crisis de la mitad de la vida”

Por Bernardo Nante

Durante la primera mitad de la vida el ser humano se aboca fundamentalmente a “socializarse”, es decir, a insertarse en el mundo del estudio, el trabajo, la familia y la sociedad como un todo. Una vez alcanzada esa meta, comienza la segunda mitad de la vida, que requiere de una mayor atención a la propia interioridad y, en definitiva, al desarrollo espiritual. C. G. Jung –quien elaboró estos conceptos a partir de antiguas concepciones y de su propia experiencia clínica-, señaló que la cura de la mayor parte de sus pacientes de entre 35 y 40 años radicaba en una apertura a lo sagrado, a la trascendencia. Por ello, el principal interés de su trabajo no residía en el tratamiento de las neurosis sino en promover una experiencia de lo sagrado pues solo así “... uno se libra del temor a la enfermedad.” Ahora bien, el paso de la primera etapa de la vida a la segunda suele manifestarse críticamente, pues pareciera que el ser humano se apega de modo infantil a su estadio anterior. Jung insistía que la persona entrada en años debería saber que su vida no asciende ni se ensancha, sino que por el contrario un proceso interno fuerza su estrechamiento y, en definitiva, prepara para la muerte. No obstante, la aceptación adecuada de esta situación de hecho, permite a las personas ser más libres, vivir la etapa final de su vida con una mirada más generosa y prepararse para la muerte con una convicción o, al menos, con un vislumbre de eternidad. Sin duda, el despuntar de esta segunda etapa de la vida ofrece resistencias que se manifiestan ya sea como un anquilosamiento de las propias convicciones, o bien como un vano intento por aferrarse a una juventud que de todas formas se pierde. En tiempos pretéritos no se desconocían estas resistencias; así lo sugiere de algún modo el comienzo de *La Divina Comedia* de Dante cuando el autor y protagonista, que transita la “mitad del camino de nuestra vida”, se encuentra perdido y sometido al asedio de pasiones infernales. No obstante, hoy esta “crisis” es aún más grave pues, salvo excepciones, no contamos con escuelas para cuarentones o cuarentonas. “¿Cuántos de nosotros, entrados en años - escribió Jung- hemos sido realmente educados en dicha escuela para conocer el misterio de la segunda mitad de la vida, la vejez, la muerte y la eternidad?” Las religiones o las tradiciones espirituales fueron desde tiempos inmemoriales dichas escuelas y hoy lo pueden seguir siendo en la medida en que ayuden a descubrir las potencias renovadoras que se ocultan en el fondo de lo inconsciente. Parece, sin embargo, que cada vez más se impone el trabajo solitario que consiste en escuchar y seguir la propia voz de la profundidad. Pero el desafío es mayúsculo e inevitable; requiere que entremos en el atardecer de la vida sin aferrarnos a ideales y valores que nos fueron provechosos en nuestra primera mitad de la vida, pero que ya no sirven. El joven comete un pecado si se ocupa demasiado de sí mismo y no se compromete con los deberes sociales; el anciano, en cambio, tiene el deber de ocuparse de sí mismo. Jung utiliza el simbolismo del sol para referirse a la consciencia que se revierte sobre sí: “El Sol contrae sus rayos para alumbrarse a sí mismo, después de haber prodigado su luz por el mundo.”